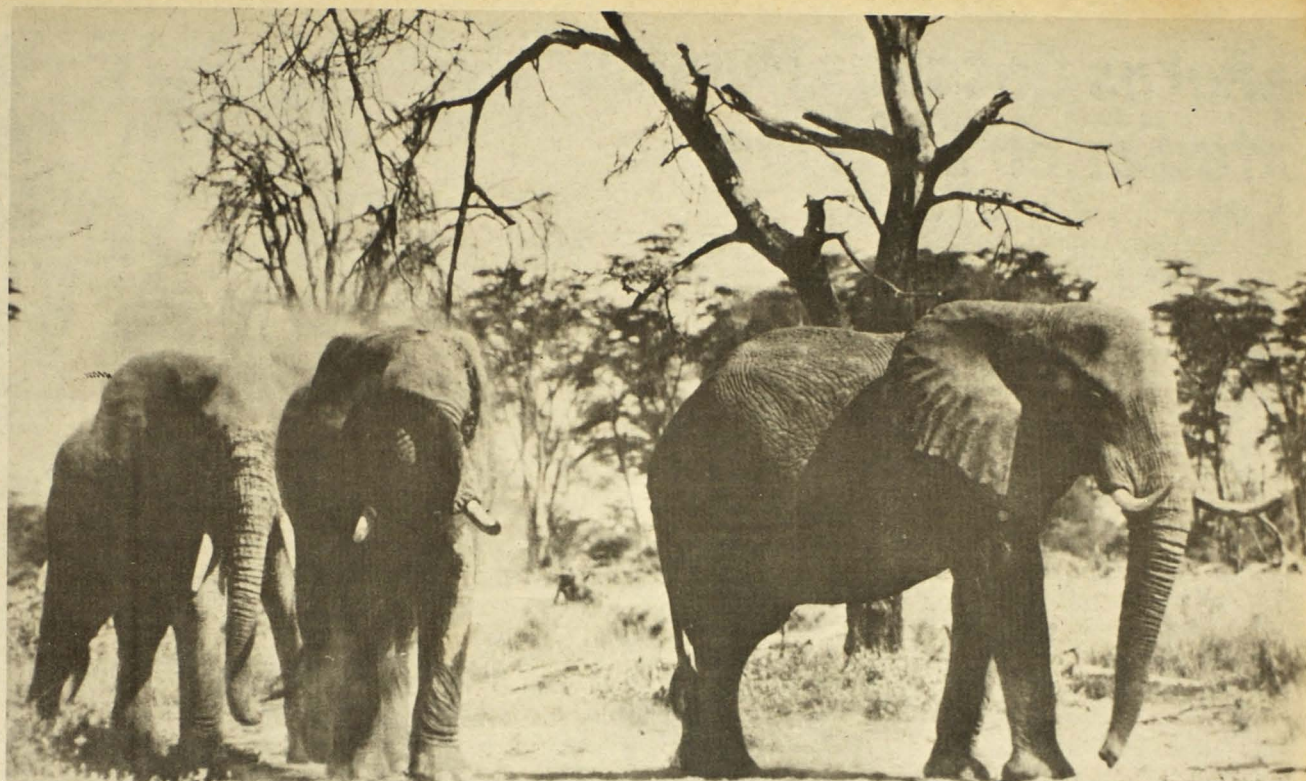




EL ELEFANTE: *un animal afectuoso y sentimental*

Leo en una revista de Londres que ha dado comienzo una larga migración en masa de elefantes que, en grupos aislados, se dirigen hacia el Océano Indico, desde Kenya, su patria, y, dando muestras de su ingénita ferocidad, luchan entre sí y destruyen en su lenta marcha inexorable, campos y bosques. Nadie sabe por qué. El elefante, libre o cautivo, es animal afectuoso y casi sentimental. No tiene inclinaciones migratorias ni "escapistas" y se parece al hombre en que sólo abandona sus recuerdos, sus afectos, sus intereses, al apremio perentorio de circunstancias políticas —el acoso— y económicas —el hambre—, circunstancias que pueden llegar a ser para ese animal longevo, asfixiantes; irreparables, ineluctables, tales como la sequía o el tenaz escrutinio de otros animales escurridizos sobre su intimidad amorosa y filial. El elefante es el más delicado, el más pudoroso, el más humilde, el más honesto, el más afectivo, el más dulce de los mamíferos terrestres. En las épocas de celo, la pareja amorosa huye hacia la más lejana espesura del bosque. Buffon decía que los elefantes no se juntan en el cautiverio porque temen las miradas indiscretas y la salaz murmuración de la gente que los rodea —cornacas o naturalistas, príncipes o funámbulos—, gente, por otro lado, muy amada, respetada y admirada del magno ungulado.

SEGUN LEYENDA EL MAR ES SU ORIGEN

Van, sin duda hacia el mar esos elefantes de Kenya. Van movidos por un instinto atávico ingobernable. El mar es su origen y su destino, según la leyenda sánscrita. Y, "deseos del agua",

o "que van hacia el agua", o "nacidos del Océano", son los nombres que en sánscrito se aplicaba a los elefantes que cantó Homero. Siempre fueron temidos por su fuerza y adorados por su dulce sabiduría. El elefante cautivo, que vive, por lo común, una vida regalada y suntuosa, sólo huye del lujo y del halago por razones sentimentales y sólo se enfurece por razones de amor propio. Hace poco más de un mes que el corresponsal en Colombo del "Times", refería el caso extraordinario de una mujer que se había querellado y separado de su marido a los pocos meses de matrimonio, en la vieja Ceylán. Dos meses de infortunio conyugal habían sido suficientes para que la joven esposa ganara el amor del elefante de la casa, a quien alimentaba todas las mañanas con fruta, coco y caña de azúcar. Al marcharse la mujer al hogar de sus padres el elefante perdió el apetito y cayó enfermo del corazón. Enfermo de nostalgia. Una mañana, al ir el cornaca a sacarlo del establo, notó su desaparición. El elefante había también huido. No se sabe cómo pudo averiguar la dirección de su dueña. No se sabe qué guía misteriosa le condujo a la casa de su dueña. Pero en ella compareció y a su puerta llamó de noche con la trompa, y al verla salir, atronando el campo solitario de alegres mugidos, y acercándose a la malcasada con mimos y arrumacos filiales, de tal modo logró enterrecerla, que la esposa decidió volver al hogar del esposo y recomponer su matrimonio.

ANÉCDOTAS NARRAN HEROISMO.

Las anécdotas de elefantes, viejas o nuevas, tienen rasgos de heroísmo y de virtud que lindan

con los mitos, gestas y leyendas de los Vedas y de los juglares anteriores a Homero. Tenía Antíoco de Siria, Antíoco el Grande, la costumbre de bautizar a sus mejores elefantes de batalla con nombres de famosos héroes de la antigüedad helénica; el más aguerrido y mejor adiestrado recibía el nombre más alcornado e iba siempre al frente de sus ejércitos. "Los elefantes —decía— tienen el sentido de la jerarquía y aspiran al puesto supremo".

Una vez en el fragor de la pelea, el elefante "Ajax", que era el más bravo de las legiones de Antíoco, yendo a la cabeza de ellas, se negó a vadear un río, y como el rey quisiera estimular el celo de todos los elefantes de su tropa, prometió un paramento de plata para aquel que primero atravesase el caudal de las aguas. El elefante "Patroclo" se destacó briosamente y cruzó el río y ganó la recompensa. Al poco tiempo "Ajax" enfermaba del corazón y moría de vergüenza, porque para un elefante la muerte es preferible a la ignominia. Dicen los historiadores que la anécdota está sufragada por el austero testimonio de Antipater.

INGLES EMPLEA LA ELOCUCIÓN

Y, casi en nuestros días, hace cosa de un siglo, el general británico Lawrence, que luchó en Bengala, en Birmania y en las guerras con los Sikhs, y que adquirió en sus cincuenta años de residencia en la India, una rara sabiduría en el arte de convivir con los elefantes a los que adiestraba con propósitos bélicos, empleó también el mágico recurso de la elocuencia para llevar a la victoria a estos animales sagrados del Oriente. Fue en circunstancias

testificadas por sus biógrafos ("Life" by Edwards and Merivale, 1872-73). Después de tres días de inacción en su campamento de las orillas del Soala, Lawrence dio a sus ejércitos, en los que figuraba una compañía de elefantes ejercitados en la guerra, orden de ataque. Había que tomar el río avanzando sobre un puente de barcas y ganar la otra orilla. Estalló entonces, súbitamente, una tormenta. Los elefantes, que eran 21 y estaban en la retaguardia, espantados por los relámpagos y truenos, no sólo se negaron a obedecer las órdenes de Lawrence, sino que se amotinaron contra sus guardianes, a los que pisotearon, y se disponían a destruir todo el campamento cuando el general Lawrence se presentó impávido ante ellos, les hizo formar en cuadro y les dirigió una arenga. En tono enérgico y convincente, tono del hombre que no quiere ser discutido, fue exponiendo a los elefantes la realidad de la situación. Había que pasar el río antes de que se hinchara la corriente, y sería un deshonor para ellos quedarse atrás cuando los caballos y hasta las mulas se ofrecían generosamente al sacrificio. Para darles ejemplo de pundonor militar, Lawrence prometió a los elefantes ir al frente de ellos de una a otra orilla del río. El efecto de esta alocución fue instantánea. (Ya explicaba Unamuno, en "La vida de Don Quijote y Sancho", que no es preciso comprender las palabras ni su alcance y significación para ser arrastrado por su magia y poesía,

como los cabreros del capítulo XI de la parte primera del libro de Cervantes, los cuales, sin entender aquellas jerigonzas de don Quijote, oíanle suspensos y embobados, prontos a la obediencia). Los animales, colocándose en línea de batalla y, sin cuidar de la tormenta, que alumbraaba y atronaba toda la selva, se lanzaron con denuedo al río y lo atravesaron antes que nadie.

CAUSAN ESTUPOR EN LONDRES

Tengo leído también que, cuando los ingleses eran todavía diestros en la casa mayor, ni habían visitado las selvas del África y del Asia, fue un cornaca español, llamado Francisco Romano, quien llevó al Rey de Inglaterra Jacobo I un presente inestimable del Rey de España Felipe IV, un elefante y cuatro camellos. Atravesaron de noche las calles de Londres, y fue tal el bullicio de júbilo o de pánico entre los noctámbulos por la presencia de esos animales, que toda la ciudad saltó alarmada en sus lechos y en ropa de cama se lanzaron a verlos pasar, a la luz de la luna, hacia el Parque de St. James. El lord del Tesoro decía más tarde "que el obsequio del Rey de España costaba al país más dinero que el mantenimiento de toda una guarnición". Fue uno de los episodios que hicieron impopular al Monarca y que justificaron la sentencia histórica que reza: "Jacobo sembró el viento y Carlos recogió la tempestad".

**Por
Luis Calvo**